

AL FINAL DE MI DESTINO

Manuel Barrero

DEDICATORIA

A mi esposa Jholett y mis dos hijas, Karen y Sasha, Fuentes de mi eterna inspiración, por quienes todos mis sacrificios tienen sentido.

PRÓLOGO

A lo largo de nuestras vidas, una vez que tomamos conciencia como personas adultas, hay dos interrogantes que nos acompañan, envueltas en un halo de misterio que no conseguimos develar: ¿Dios existe?, ¿Cuál será mi destino?

La primera es sumamente difícil de develar, desde que el hombre tuvo uso de la razón, remontándonos a los tiempos de las cavernas, hasta la actualidad, científicos y religiosos se mantienen en eternas discusiones, debatiéndose entre el ateísmo y la fe. La segunda, es tan difícil de descubrir como la primera, hay quienes sostienen que somos “Capitanes de nuestras almas y dueños de nuestro destino”, frase metafórica con que pretenden hacerse la idea de que todo es causalidad y de que no existen manos invisibles que lleven los hilos de nuestras vidas cual marionetas. Sin embargo, la vida tiene sus sorpresas, por más que la planificamos y cuidamos al detalle lo que puede desarrollarse, ella viene y nos da una cachetada, plantándonos en situaciones que tratamos de clasificar como fortuitas y que algunos llaman “destino”, suerte de libreto con que dicen que venimos al mundo para cumplir una misión.

Ya sobre estas líneas, no puedo evitar la subjetividad propia de los humanos y que mis pensamientos me lleven a explicar, desde mi visión occidental, lo que a continuación se van a conseguir. En primer lugar debo aclarar que se trata de una novela, no es uno de tantos libros de corte religioso en los cuales el autor pretende convencer sobre su visión de la fe.

Manuel Barrero

A lo largo de mi vida esas dos interrogantes que ya mencioné, me han acompañado, desde mi adolescencia, época en que tuve un momento de dudas y negación que rayó en el ateísmo, hasta el día de hoy, encontrándome convencido de haberme acercado en gran medida a esa idea, pensamiento, verbo y energía creadora que llamamos Dios.

En este tránsito han pasado por mis manos decenas de libros, desde textos sagrados hasta simples artículos de prensa, la Biblia, el Corán, la Tora, el libro de Mormón, Budismo, metafísica, tratados de teología, filosofía y muchos otros a los que acudí en búsqueda de respuestas, ellos me fueron llevando por esta senda, mientras indagaba y trataba de entender cómo opera eso que llamamos fe en diversos grupos humanos, a través de distintos cristales multicolores teñidos por sus culturas, sociedad, leyes y costumbres. El mundo está impregnado y marcado por las religiones universales que conocemos en la era moderna, toda vez que bajo un tenue diafragma social se esconden grupos que conforman cofradías, logias, sectas y demás movimientos que aglutinan personas tratando de conseguirle sentido al “caos” que llamamos vida o existencia mundana.

Quien busca, tarde o temprano consigue y tal es mi caso, he llegado a aproximarme lo más cercano en mi entendimiento a las respuestas de esas dos grandes interrogantes, por supuesto, me las reservo, digamos que de forma parcial y en esta novela dejo al buen criterio del lector, que trate de descubrir el gran misterio que a todos nos ocupa, en la historia que relato, su protagonista transitará por el camino o destino final al que todos nos dirigimos de manera inexorable, muere comenzando el libro, pero ese no es más que su punto de partida hasta conseguir develar el sentido de su existencia.

¿Cuál es tu fe?

Te invito a leer, creas o no creas en un ser superior, un

AL FINAL DE MI DESTINO

Dios, energía creadora, arquitecto del universo o pienses que ya has llegado a saber todo lo que necesitas, la verdad nunca será absoluta, siempre será relativa y en ese sentido, cada uno de nosotros solo cuenta con una pieza de ese rompecabezas gigante al que nos enfrentamos. Si la historia que vas a leer consigue mover tus pensamientos hacia la búsqueda de más respuestas en tu existencia, en ese caso, habrás dado un paso más en tu transito por el camino correcto, el desarrollo de tu espíritu.

EL TRÁNSITO

Aquella tarde fatídica la familia de Gabriel se encontraba en el pasillo del hospital público Pío XII, una institución financiada por aristócratas, ONG's y filántropos con fines de atender personas cuyos ingresos no dan para mejores atenciones. Las hermanas que dirigen el hospital se esmeran en mantenerlo, los pisos relucientes, los pulcros uniformes blancos del personal sanitario y el orden exagerado de las cosas, son buenos indicativos de que el amor, la dedicación y profesionalismo, logran solapar algunas de sus carencias.

La esposa y los dos hijos de Gabriel esperan en el pasillo, tienen la serenidad de la resignación, si bien es cierto que los milagros existen, el cáncer ha demostrado que les gana varias batallas, nadie se explica su enfermedad, nunca fumó, escasamente bebía en las celebraciones familiares, siempre fue un hombre sano, trabajaba como oficinista en la alcaldía, supo ganarse el aprecio de muchos por su buen corazón, la vida es injusta, seguramente hay criminales despiadados cumpliendo condena, convictos y confesos de terribles crímenes que no sufren siquiera una simple gripe.

Antonia hace grandes esfuerzos por mantenerse en pie, ante la mirada de sus hijos necesita proyectar fortaleza, como fiel esposa y ama de casa, dejó siempre en manos de Gabriel la dirección y autoridad del hogar, ahora le tocaba enfrentar otra realidad y nuevos retos.

-Señora Antonia -dijo un hombre de noble aspecto con ropas blancas-, estamos esperando lo peor, ya todo estará en manos de Dios, hemos hecho todo lo que está en nuestras manos.

-Estoy convencida de eso doctor, ustedes han puesto todo de su parte, nosotros estamos rezando para que se produzca algún milagro -le dijo Antonia visiblemente afectada por la situación.

Del otro lado de la pared, se encontraba Gabriel tendido sobre una cama hospitalaria, diversos aparatos a su alrededor formaban un coro de sonidos durante su funcionamiento, aquel dolor intenso y agudo que lo acompañó los últimos días había desaparecido, quizás le inyectaron algo más fuerte o simplemente sobrepasó el umbral de dolor y su organismo bloqueó las señales que normalmente funcionan como alarmas. Lograba abrir los ojos en ocasiones, solo para apreciar aquella fría sala, no tenía fuerzas para moverse, frente a él, una pared blanca se convertía en su último paisaje, vagamente percibía voces, ya lograba reconocer algunas, si escuchaba a la enfermera ello significaba un pinchazo seguro, la voz del doctor por lo general precedía un nuevo coctel de calmantes y sustancias que sentía ardiendo al ingresar a su organismo por la aguja colocada en su mano.

Allí acostado, Gabriel ocupaba sus horas en meditar sobre la vida que llevó, sintió nostalgia de no haber podido jugar beisbol profesional, ese siempre fue su sueño a pesar de las restricciones económicas que vivió durante su infancia, su padre los dejó solos, sin previo aviso no regresó nunca del trabajo, los abandonó a su suerte y como hermano mayor debió trabajar desde muy joven para ayudar a su madre en la crianza de sus hermanos, todos fueron a la universidad, uno es médico, el otro es ingeniero y la mujer es

AL FINAL DE MI DESTINO

administradora, sacrificó sus sueños por ellos y jamás se arrepintió, hasta la muerte de su madre estuvo presente dando respuesta a sus necesidades y apoyándola.

No eran momentos de devanarse los sesos ni torturarse con sus sueños frustrados de beisbolista en las grandes ligas, su vida al lado de Antonia fue maravillosa, ella supo darle todo el amor del mundo, siempre a su lado, fiel compañera, inseparable amiga, insuperable consejera y madre de sus hijos, ella le dio sentido a todos sus sacrificios. Pensaba en su hijo, el mayor, Francisco estaba en la universidad, estudia derecho, seguramente será un buen abogado, un hombre justo con firmes valores morales y éticos. Sebastián estaba en bachillerato, a un año de graduarse y sin saber qué hacer con su vida, es un muchacho muy alegre, tiene mucha energía, una terrible sensación de ansiedad lo invadió pensando en ellos.

-¡Gabriel!

Escuchó claramente que alguien mencionaba su nombre, era una voz de mujer, no sonaba parecida a la de alguna de las enfermeras con las cuales ya estaba familiarizado, era un sonido muy familiar, sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo y le devolvió la sensación perdida por los sedantes.

-¡Gabriel, escúchame, estoy aquí contigo!

Abrió sus ojos todo lo que pudo, no podía moverse, lo habían convertido en una especie de máquina, mangueras y cables de todo tipo lo envolvían, su visión era algo borrosa, abría y cerraba sus párpados tratando de aclarar la vista, únicamente lograba apreciar la misma pared, por más que trataba de girar los ojos a los lados su campo visual estaba limitado, a la derecha el resplandor de la ventana que no lograba ver, a la izquierda suponía una puerta, ya que de esa dirección venían, médicos, enfermeras y visitas.

Manuel Barrero

-¡No puedes ver lo que ya no existe, ni escuchar lo que no se ha pronunciado! -insistía aquella misteriosa voz.

Extrañamente no se sentía agitado, llegó a pensar que alguna de las drogas le estaba jugando una mala pasada, sus ojos se movían de derecha a izquierda rápidamente como el espectador de un juego de tenis, ahora sin jugadores y sin pelota.

-Esta vez me inyectaron algo fuerte -pensaba mientras trataba de darle una respuesta lógica al asunto.

-¡Gabriel!, no se trata de tu imaginación, de un mal sueño o de los medicamentos que te administran -dijo aquella voz misteriosa-, observa la pared.

Con cierta ansiedad, abrió sus ojos todo lo que pudo y se quedó observando la pared, allí estaba, blanca, de aspecto lúgubre como cualquier pared de sanatorio, era la misma pared, la de todos los días, sin cambios. Transcurriendo un lapso de tiempo logró ver que la luz proveniente de la ventana se extendía sobre la habitación, avanzaba sobre la pared como si el sol se moviera en el horizonte proyectando su iluminación sobre el recinto, una figura difusa se formó entre sus rayos y lentamente fue adquiriendo apariencia humana.

-¡Gabriel!, soy Gladis, tu madre.

Del otro lado de la pared, Antonia y sus hijos se mantenían a la espera de poder entrar a verlo, una enfermera sosteniendo en sus manos ciertos implementos se acercó a ellos.

-¿No lo han visto hoy? -les preguntó.

-No hemos entrado, llegamos hace unos minutos y la supervisora nos indicó que debíamos esperar -le respondió Antonia.

-¡Mira mamá!, vienen llegando mis tíos -dijo Francisco.

-Esperen a que entre, necesito revisar el suero y colocarle sus medicamentos, al desocuparme les indicaré que pueden entrar -dijo la enfermera observando su reloj.

AL FINAL DE MI DESTINO

Gabriel trataba de hablar, la imagen de su madre frente a él lo mantenía en vilo, no lograba mover sus labios, parecía que los únicos músculos que aún respondían en su cuerpo servían para mover sus ojos.

-No necesitas hablar, puedo escucharte, así como tú me escuchas a mí sin yo pronunciar palabras -le dijo Gladis, allí parada, estoica, serena y con aquella dulce sonrisa que él siempre recordó.

-¡Madre!, ¿qué me ocurre? -pensó Gabriel.

-Nada extraño hijo, he venido a decirte que estas a punto de comenzar un nuevo y maravilloso viaje, no tengas miedo.

-No tengo miedo, tengo mucha ansiedad, ¿qué será de mi esposa y mis hijos?

-Hiciste tu trabajo aquí, no debes preocuparte por ellos, ahora, debes concentrarte en lo que comienza, requieres despojarte de lo que termina, son los ciclos hijo, cada uno que concluye es el anuncio de otro que da inicio.

-Entonces... ¿Has venido para anunciar mi muerte?

-Este será el primer misterio que se te revelará, la muerte significa el fin de una etapa, no es el ocaso de un ser, tú no morirás, solo dejarás tu cuerpo físico.

-No entiendo nada de lo que me dices, ¿quieres decir que me salvaré, voy a sanarme? -le preguntó Gabriel inquieto.

La enfermera entró a la habitación, caminó por el espacio entre la cama y la pared, se asomó por la ventana para observar el paisaje y sentir la calidez del sol sobre su rostro, se dio vuelta y se acercó a Gabriel, observó que tenía los ojos abiertos, levantó la mirada para ver el osciloscopio, todo en orden, su corazón se mantenía trabajando, su pulso se apreciaba ligeramente acelerado sin salirse del rango normal. Gabriel la vio pasar entre él y su madre, se preguntaba si la enfermera podría percatarse de lo que estaba sucediendo, sin embargo la escena continuaba su desarrollo como si dos dimensiones distintas lo separara.